Los Noveles

SOL DE LA TARDE

POR

SALVADOR VALVERDE

10 cts.

Año 1 Barcelona 26 Agosto 1916 Núm. 22

LOS NOVELES

REVISTA SEMANAL
CONSAGRADA A LA JUVENTUD LITERARIA

PUBLICARÁ EN CADA NÚMERO
UNA PRECIOSA OBRA
DE UN AUTOR NOVEL

APARECE LOS SÁBADOS

Propietario: Antonio Baeza — Director Artístico: F. MARTÍ LLORET

Correspondencia Administrativa: Calle Oliveras, 7 (Guinardó)
Correspondencia Literaria: Barbará, 35, 2.°, 1.ª (Izquierda)

ADVERTENCIAS: Sólo se admiten obras completas y en prosa de unas 50 cuartillas de extensión - Es imposible sostener correspondencia - No se devuelve ningún original

"LOS NOVELES"

constarán de 44 páginas, dedicadas a una novela de igual tamaño que las que venimos ofreciendo al público, y las restantes a la inserción de pequeños trabajos literarios (crónicas, cuentecitos y poesías) para que en ellos puedan colaborar toda clase de escritores noveles.

El precio del ejemplar será de **10 cénts.**

Obras publicadas

Núm. 1.—La Mansión del Bien, por F. Marti Lloret.
" 2—El Sentido Trágico, por J. M. Castellví.
" 3.—Historia triste, por Angel Requena.
" 4—Lágrimas de D. Juan, por Amichatis.
" 5.—Cinematomanía, por Ramoncito Pellico.
" 6.—Asunto humano, por Emilio Gómez de Miguel.
" 7.—Mentida Venganza, por José M.ª Ballester
" 8.—Peregrinos de amor, por Vicente Chalons.
" 9.—La primer tragedia, por María Alvarez de Burgos
" 10.—Visión blanca, por Dionisio Laguía
" 11.—El obstáculo, por David Copperfield.
" 12.—La Hora ejemplar, por Manuel Cherizola.
" 13.—La mejor obra, por Mario del Palmar.
" 14.—Llama de amor viva, por Angel Cruz Rueda.
" 15.—Conchas de nacar, por Eugenio Blanco Sanchez.
" 16.—El destino de las almas, por A. Gil Losilla.
" 17.—La aventura de Mario Dessi, por F. Martí Lloret.
" 18.—Mentiras de amor, por Delfín Villán Gil.
" 19.—El amor del abismo, por José Fondevila.
" 20.—Rosa de pasión, por Luis Capdevila.
" 21.—El poema de mariposa, por María Luisa Castellanos.

LOS NOVELES Publicarán en su número próximo **Lo que tenía que suceder...** novela por FERNANDO G. RUIZ, y multitud de trabajos literarios de otros autores.

PRECIO DEL EJEMPLAR: **10 CÉNTS.**

635.16

SOL DE LA TARDE

A Ceferino R. Avecilla, todo espíritu y corazón.

I

Era una habitación pequeña y limpia. Frente a la puerta del piso, con su mirilla metálica y su «Corazón de Jesús» en la placa de esmalte, defendiendo el cristiano hogar, había una gran cómoda rematada por amplia tapa de mármol sobre la que surgían en confusión finos *bibelots*, graciosas alcarrazas y lindas ánforas, pequeñas joyas del arte cerámico, que en Ispola ha tenido y tiene admirables cultivadores. Entre dos caracoles marinos una Virgen de los Dolores, en su urna de cristal, alzábase afligida y llorosa, con su negro manto de terciopelo y sus siete puñalitos de plata sobre el corazón. En las paredes había dos retratos al óleo de un hombre y una mujer, de factura moderna el de ésta, y bajo ellos unas losetas y azulejos, que tenían algo de familiar, algo de recuerdo conmovedor y pueril. También había un almanaque que indicaba la fecha del 30 de mayo. Una puerta de cristales comunicaba con el interior del piso. Tres sillas completaban con la cómoda el mobiliario del aposento. En una de estas, junto al balcón, permanecía sentado Julio. Por el fino encaje

de los visillos entraba el buen sol dominguero llenando la estancia de viva y amable claridad. El sol se desviaba en la curva superficie de la urna e iba a morir sobre el rostro del hombre del cuadro, un rostro risueño de ojos azules y apacibles y bigote y barba puntiaguda, negros como la abundante y romántica cabellera. El rayo solar, al caer sobre el cuadro antiguo, despertaba en la viva imaginación de Julio aquel bello tiempo del romanticismo, con sus espirituales damiselas, presas por la moda en amplios miriñaques, y sus exaltados hombres, presos también por sus ideas y no en miriñaques precisamente. Ante el cuadro, jubilosamente iluminado, que el sol de los años doró y en el que puso el tiempo su imborrable patina, Julio evocaba en su memoria las representativas figuras de Espronceda y de Larra, con sus colosales castoras y sus fantásticos levitones. Y cuando el rayo de sol, al descender, se quebraba en el mosaico, su imaginación también descendía de la romántica edad soñada a la moderna vivida por él; y olvidaba a todos los coetáneos de *Fígaro* para pensar solamente en Alfredo, en el pobre muerto, su amigo de la niñez, su hermano de la juventud; en el que le acompañó siempre por el camino de la vida en la dicha y en la desventura; en el que le dejó como último e inolvidable recuerdo el dulce amor de la hermana, de aquella silenciosa hermana que, tras la puerta de cristales, se moría de su mismo mal.

Julio miraba la calle, el puerto dormido, con los buques callados y las gruas quietas; la gente dominguera y bulliciosa que en las pesadas lanchas atravesaba el río bajo la picante sonrisa del sol. La mayoría dejaba el arrabal e iba a la ciudad a oir misa, a pasear por el centro los hombres y por el parque las mujeres, después de los oficios divinos.

Del barandal del balcón pendían innumerables macetas; contemplándolas Julio pensaba en la enfermita, que ahora no podía regarlas y cuidarlas como siempre lo hizo y que tampoco podía, como otros domingos invernales de buen sol, ir con él y con la hermana pequeña en los brazos de doña Esperanza, Esperancita junto, Alfredo y él a los lados, guardándolas como un tesoro, como «su» tesoro. Pero en el intervalo de un año la madre y el hijo se fueron para siempre, confiándole la custodia de las huérfanas. El padre había muerto poco antes minado por la tuberculosis. Y Julio se encontró a los veintiocho años convertido en jefe de familia de su novia, una diminuta y adorable familia compuesta por Esperanza y Estrella; veinticinco años en suma, los veintiuno de su novia y los cuatro de su cuñadita. De entonces databan aquellos domingos inolvidables, cuando cruzaban el barrio; camino de la ciudad, llevando a Estrellita de la mano, vestidos de luto los tres, pero sonrientes y enamorados como un matrimonio feliz. Las gentes se asomaban a verlos y las muchachas, mirando a Esperanza, envidiaban su felicidad creyéndola esposa de un hombre tan simpático y guapo, y madre de una criatura tan linda. La muñeca, sin saber lo que hacía gozar a ambos, llamaba «¡mamá!» a Esperanza, en medio de la misa, y los hombres volvían la cabeza y al ver a la madre, envidiaban a Julio con la misma noble envidia de las muchachas. Luego iban a la confitería, donde los brazos de él la elevaban sobre el mostrador y desde los que cogía con su pequeña mano merengues y pasteles de crema que, al comer, le corría por la sonrosada barbilla. Y no se contentaba la muy golosa con comer ella, también les obligaba con sus traviesas manos que llenaban de merengue el negro bigotillo de «papá» Julio. Era la delicia y el encanto de todos; morena co-

mo la madre, negros y grandes los ojos como los de la hermana, la naricilla ligeramente respingada y menuda como un piñón la boca. Cuando Julio la levantaba en sus brazos, ante el atrayente mostrador de la pastelería, parecía un angelote moreno de Murillo, que descendiese del cielo para conocer y saborear las dulzuras de la tierra.

Julio, en el cuarto silencioso, que alegraba un rayo de sol dominical, seguía rememorando las horas felices, aquellas tardes de música festera, después de la misa y el almuerzo, aspirando a pleno pulmón el aire saludable de la campiña, contemplando en silencio la gracia melancólica y serena del paisaje, saboreando con todos los sentidos el goce infinito y la infinita alegría de vivir; el regreso, en la paz del crepúsculo, bajo el encanto vespertino y fugaz del lucero que anuncia la noche. Y Estrella, riendo y saltando, siempre entre los dos, de las manos de los dos, como una hija, como la primera y única hija.

Después, cuando él iba a verla por la noche, a «pelar la pava», a conversar un rato e ir preparándolo todo para la boda, encontraba a la niña dormida en el regazo maternal de la hermana. Y así hablaban de amor.

II

Alfredo trabajaba en la oficina de la fábrica de azulejos en que estaba de maestro su padre y Julio de oficial. Era la más importante del barrio de la Alfarería, que es el más populoso de Ispola y que separa de la ciudad un famoso río. En ella, además de azulejos, se hacían toda clase de obras de cerámica como jarrones, alcarrazas, platos, ánforas, tallas, copas, búcaros, pebetes

vasos de todas formas y de todos estilos desde el bizantino al Renacimiento, pero predominando el mudéjar con sus polícromas filigranas y el plateresco y el churrigueresco con sus recargados adornos y su barroca gravedad.

Julio era el discípulo predilecto del padre de Alfredo, que lo llevaba a su casa y lo sentaba a su mesa, entre sus hijos, como un hijo más. Porque Julio vivía, desde que fallecieron sus padres, sólo con su madrina, que le recogió y le educó. Su afecto lo repartía entre esta buena mujer, que le sirvió de madre, y la familia de Alfredo, su camarada de colegio. Desde muchacho sintió una profunda simpatía por Esperanza, la hija de su maestro, que se fué convirtiendo en amor, y en amor correspondido.

Ella era delgadita y débil, hacendosa y delicada, muy buena y muy linda; tenía los ojos negros como el cabello y el rostro pálido y fino; los labios exangües y la piel blanca, muy blanca; sus manos eran armoniosas y etéreas y estaban enfermas de castidad. Su voz era pura y serena como debe ser la voz de los ángeles y sonaba en los oidos como una «música callada». A los diez y seis años gobernaba el hogar y hacía las funciones de la madre, que quedó muy enferma después de dar a luz a Estrellita. Parecía imposible que una muchacha tan delicadita y frágil pudiera atender a tantas cosas. Julio adoraba en ella su debilidad, su delicadeza, su sonrisa triste y sus pálidas manos auyentadoras de los claros sueños de dicha y de amor que, ligeros como pájaros, cruzaban por su frente pensativa.

Julio, al principio con el maestro, muerto éste, con su hijo, iba mucho a la casita de calle Tarteso, que abre sus dos pequeños balcones sobre el río de este nombre. Por ellos se veía todo el puerto desde la torre de la

Plata hasta el coso taurino y la ciudad al fondo, coronada de minaretes árabes y de espadañas bizantinas, que en el crepúsculo de la tarde, cuando el sol pone llamas en las altas cúpulas, la hacen aparecer como una fantástica ciudad de Oriente.

Allí tuvieron sus primeros coloquios de amor Julio y Esperanza, apoyados en el barandal, viendo cruzar las lanchas por el río, llenas de cigarreras y olleros, y los tranvías y los coches por el puente que une el arrabal con la población, y el mágico espectáculo de la puesta del sol, pintando de púrpura el horizonte y dejando una roja estela sobre las trémulas aguas.

Algunas tardes, al salir del taller, Julio se llevaba la caja de pintura e instalaba el caballete en el balcón. Pintaba al óleo crepúsculos en las aguas, buscando efectos de luz, y lanchas cruzando el río llevadas por el viejo botero; cigarreras desembarcando al atardecer; vendedores de cangrejos a los que tenía varias tardes parados en el puerto por dos reales. También hizo un retrato de doña Esperanza, que se colocó en la salita de entrada, junto al antiguo del bisabuelo. Del maestro hizo dos, uno en el taller trabajando en un jarrón griego, y un busto, pocos días antes de morir. A Esperancita y Alfredo los pintó juntos en el balcón, él leyendo, ella bordando, por fondo la ciudad y el cielo azul. Este cuadro que tituló «Los hermanos», figuró en la Exposición provinciana, pero no obtuvo premio ni llamó la atención.

Muerto el maestro, quedó Julio ocupando su lugar en la fábrica y ya no pintó nada más que para esta, pues los juicios de los Madrazos provincianos sobre su obra le quitaron toda ilusión. Sabiendo que como ceramista no podían decirle lo mismo, se consagró de lleno a este arte, que era el que le aseguraba la vida. A los veinte años era maestro, por la muerte del suyo, en

el mejor taller de cerámica del barrio. Todas las tardes se pasaba por la oficina para recoger a Alfredo y juntos marchar a casa de éste, hasta la hora de comer. Por el camino charlaban de mil cosas diversas viendo cruzarse a las muchachas que volvían de sus fábricas y obradores, taconeando gentiles y rápidas.

Un día le anunció Alfredo, con el mayor misterio, que había escrito un drama a escondidas de su madre y de Esperancita. Aquella revelación sorprendió a Julio, ignorante de las aficiones literarias de su futuro hermano. Hacía dos o tres meses que iban ambos por la noche a un café de la ciudad donde se reunían varios literatos y periodistas, amigos algunos de Julio. Allí fué donde se incubó en el cerebro de Alfredo el deseo de ser dramaturgo.

Aquel verano fueron a pasar el mes de agosto en Sanlúcar, donde murió la madre. En el cementerio pueblerino, frente a la planicie azul del mar, quedó la pobre para toda la vida o toda la muerte, bajo una losa ligera, fina, que no podía molestarla mucho.

Estrellita que no había cumplido aún tres años, casi no notó la ausencia de la que la llevó por la vida entre sus brazos débiles y sobre su pecho oprimido.

En aquel estío escribió Alfredo una zarzuela, que leyó a Esperanza y a Julio al regreso del triste veraneo. Era una obra muy bonita en que lo dramático y lo cómico se entrelazaban felizmente y que tenía un final muy bello, pero no de género chico, efectista y ramplón, sino de comedia fina y delicada. Al músico le pareció «aquello» muy literario y propuso algunas enmiendas y cortes y otro epílogo más dramático; pero Alfredo no aceptó y se separaron amigablemente.

Desde la muerte de la madre, Esperanza y Alfredo sentíanse débiles y cansados. Este último dejó de ir a la

oficina por prescripción del médico, y algunas tardes, en unión de Julio, que dejaba al frente del taller al mejor oficial, salía por la orilla del río, caminando entre cañaverales hasta Puebla, un lugar encantador que se levanta en la margen izquierda del Tarteso. Subían al castillo, donde merendaban, y al atardecer regresaban a la población por el camino de la ribera. En la ida, arrancaban de esta montones de limo en que trabajaban con las manos, modelando cabezas de políticos o toreros célebres, que deshacían a puñetazos para volver a modelar otras nuevas de asno o de toro. Hacían flautas de bambú y se sentaban a tocarlas ante el agua dormida de un remanso, bajo la brisa que mecía las cañas como cinturas de mujer. Sus improvisadas músicas producían en la tarde callada la ilusión de Grecia. Ellos, en la orilla del río eran como dos faunos jóvenes que llamasen a dos novias ondinas para amarse recatadamente en el cañaveral escondido. Casi todas las tardes salían a pasear, pero estos ejercicios acabaron por debilitarle y ya sólo alguna que otra vez dejaba la casa para pasar un rato con los amigos escritores del café, en aquella agradable tertulia dónde se mordían los unos a los otros con saña verdaderamente profesional.

A Alfredo le divertía esta reunión, este pequeño mundo, que tenía su eje en la botella de cristal, y continuaba yendo al café, donde oía hablar de literatura, de arte, de toros, de política, de mujeres, de todas las cosas humanas y divinas. Julio le acompañaba siempre en el tranvía cuando ya la enfermedad no permitía a Alfredo andar largo trecho, pues el cansancio le ahogaba. En la «peña» todos conocían su dolencia y sabían que no tenía remedio. Una noche, después de retirarse del brazo de Julio, rompió el silencio Pepe Sánchez, diciendo:

—No dura mucho el pobrecillo.

A lo que repuso Benítez García:

—Tampoco perderá nada la literatura.

Y todos se sonrieron bondadosamente.

III

Cuando ya estaba recluído, aprisionado entre los brazos de un sillón, fué a visitarlo una mañana el maestro Cacharro. Salió Esperancita a recibirlo. Era un hombre grueso y jovial, con gafas de oro y aspecto de comerciante adinerado. Tenía el rostro simpático y risueño.

—Dígale que desea verle el maestro Cacharro.

—¡Ah!

—¿Está mejor?

—Igual. Entre, pase usted.

Fué una gran alegría para su abatido espíritu; una gran caridad. Le prometió ponerle música sin tocar a una línea del libreto.

—¿Se estrenará?

—En cuanto tenga la música, que la compondré muy pronto. Será un éxito. Usted lo verá.

—Quizás no lo pueda ver, maestro.

—Sí lo verá. Déjese de pensamientos tristes; a curarse, a vivir.

Y se fué alegre, optimista, con el libreto en la mano, por el muelle lleno de sol, viendo los buques trabajadores, y las lanchas activas, y las grúas laboriosas y los hombres descargando espuertas de carbón, alegres como él. Aquel inarmónico concierto de cadenas chirriantes, de roncas sirenas, de voces imperativas; aquel rumor de trabajo que se alzaba en el puerto, era como una música magnífica cuya maravillosa grandeza no se pudiese aprisionar en los estrechos límites del pentágrama.

Julio iba todas las semanas a casa del músico y escuchaba trozos de la partitura ejecutados al piano por el maestro. Este había tomado la cosa con calor, pues en menos de un mes tenía la obra terminada. Sólo faltaba instrumentarla.

A Julio le parecía la música ratonera, infame, pero no se atrevía a decírselo a Alfredo por no desilusionarlo. Al pobre era el último goce que le quedaba. Cuando llegaba Julio de casa del maestro, las preguntas caían sobre él como un diluvio; las del enfermo y las de Esperancita que curioseaba por éste para que no se fatigase. Lo habían trasladado a la cama, donde pasaba las horas tosiendo y esputando. Su respiración era cada vez más difícil; el pulmón funcionaba con trabajo produciendo un angustioso silbido. El compositor, ya instrumentada la partitura, y leída la obra, fué una tarde con Julio a visitarle. Su sonrisa plácida se apagó al verle. Habló muy poco y se fué profundamente impresionado.

La zarzuela se empezó a ensayar; todos los días iba Julio a presenciar los ensayos y a hacer a los cómicos, delicadamente algunas observaciones, que estos fingían atender. El día antes del estreno conversó Alfredo con los compañeros de oficina que fueron a verle y a felicitarle.

Al anochecer del siguiente dia, sintiéndose mal, llamó a Julio y le «entregó», le confió a sus hermanas, como un depósito sagrado, para que las protegiese y las amparase, pues no tenían a nadie en el mundo. Luego besó a los tres y tranquilizóse algo. Ellas, abrazadas, quedaron llorando silenciosamente, en la salita de la entrada. Julio se encaminó al teatro por el puerto largo y obscuro, al que daban en la noche decembrina un aspecto fantástico las luces de los faroles, reflejándose y prolongándose indefinidamente en el asfalto de las ca-

lles, brillante por la lluvia. El espeso tul de la neblina lo envolvía todo en un fino cendal de ensueño, de embriaguez. Los tranvías, al pasar el puente, iluminaban el río con un manchón sangriento y fantasmagórico, que se apagaba y se encendía sobre las ondas como fuegos fátuos en la noche marina.

Cuando llegó al café todos le preguntaron por el enfermo. Seguidamente marcharon al coliseo, que estaba rebosante de público. Al elevarse las primeras notas del preludio, se hizo algún silencio. El maestro Cacharro, vestido de etiqueta, como en los días de gran solemnidad, dirigía la orquesta, sereno y reposado como si no fuera suya la obra. Los dos primeros números fueron aplaudidos por la *claque*, pero los siseos del público pudieron más que esta y no se bisaron. El primer cuadro no gustó; el segundo, un pasacalle, fué bien acogido gracias a las morcillas de mal gusto del actor cómico. La cuarta escena del último cuadro fué comentada con palmas guasonas; el dúo, cantado de mala gana por la tiple y el barítono, promovió un escándalo. El público de la galería, como un mar rugiente, murmuraba amenazador. El maestro Cacharro, hundido en su butaca de orquesta, sonreía con desprecio. Julio, entre bastidores, pensaba en Alfredo. La obra iba al foso derechamente; el fracaso era inevitable. Y así fué. El músico se desahogó echando toda la culpa al libretista: eso tenía colaborar con principiantes. Julio salió a la defensa de éste y ambos se enredaron en una violenta disputa, a la que puso fin la noticia recién llegada. Alfredo acababa de morir. Sus hermanas estaban solas con una vecina y llamaban a Julio. Este dejó el teatro, aturdido, loco, y corrió por entre la gente que salía riéndose tras la bufanda, el pañuelo o el cuello del abrigo bien subidito, pues no estaba la noche para bromas. Algunos, al verlo

cruzar tan nervioso, pensaron que era el autor y así lo expresaron en alta voz. Las risas se elevaron entonces y se hicieron algunos chistes poco piadosos.

Cuando se vió libre, en medio de la calle, subió a un coche, que rápidamente le condujo al arrabal. A la vez que él, llegó su madrina. Esperanza se echó en sus brazos sollozando. Estrellita, sin saber por qué, lloraba como su hermana. El médico llegó en aquel momento y extendió la papeleta de defunción. Había muerto sin un grito, sin un gesto violento, serenamente, calladamente, como si se hubiese dormido.

Le amortajaron y le depositaron. Aquella noche fué horrible como una pesadilla. Julio no la olvidó nunca. Después del dolor del fracaso, el dolor de la separación definitiva.

Al día siguiente, por la tarde, lo enterraron. Iban quince amigos. Desde el depósito al nicho fué la caja en hombros de cuatro que le amaron siempre; el dueño de la fábrica, que le vió nacer y que quería a su padre como a un hermano, los dos hijos de éste y Julio. Detrás marchaban los compañeros de oficina, dos amigos del café, un cómico y cuatro alfareros del taller que su padre rigió en vida.

Por la estrecha ruta de cipreses, por el largo camino de eternidad, como por un río tenebroso y trágico, bogó Alfredo en la negra nave del ataud, hasta perderse y desaparecer bajo la claridad violeta del crepúsculo, en el Nirvana consolador. Le dieron sepultura en el mismo lugar, en que su padre reposaba. Al pie de la lápida, trepando por la plateada verja, subía un rosal seco y triste, que en la primavera regaría rosas sobre el mármol de la tumba. Julio pensó que algún día el cuerpo del amigo muerto, por una serie de transformaciones naturales, se trocaría en flores de aquel rosal; que morirían

estas flores para renacer en mariposas y estas se transformarían a su vez ilimitadamente. Y hasta pudiera suceder que sus células muertas llegasen a ser, andando el tiempo, células vivas en el cerebro de otro hombre, despertando en su corazón el divino deseo de amar. Porque él no amó ni fué amado. No sintió en su boca el fragante aleteo de unos labios novios, risueños, perfumados de juventud; labios purpúreos de cuyos exquisitos besos tienen el monopolio otros labios egoistas. Se había topado con la muerte antes de encontrarse con el amor. El, que tuvo varias virtudes, no poseyó la más egoista, la más humana, la que guía a hombres y mujeres por los senderos del mundo desde que éste empezó a rodar por los espacios insondables.

IV

La casita estaba llena de sol. Una vieja mujer, que llevó la madrina de Julio, ayudaba a Esperanza en los quehaceres domésticos. La resignación volvía por sus cauces serenos y armoniosos a normalizar la vida. En el hogar sonaban de nuevo las risas de Estrella, claras y musicales. De nuevo se reanudaban en el anochecer los diálogos de amor, en el balcón alegre, frente al río charlatán, que, como las golondrinas del poeta, refrenaba su carrera para contemplarlos.

Todas las tardes, desde el balcón, donde le esperaba Estrellita, le veía acercarse y avisaba corriendo a la hermana la llegada de «papá» Julio. Le recibía con alegría loca, echándole los brazos al cuello e inundándole de besos el rostro. La hermana no le besaba, «¿por qué?, ¿no es papá?» Y los novios, con la niña sobre las rodillas, charlaban en el balconcillo, viendo pasar la gente.

Cada día estaba Esperanza más débil y pálida. Julio no quería que trabajase, pero aquellas manos, ligeras como pájaros, no dejaban de laborar. Varias veces propuso él que se mudasen a otro piso, pues aquel guardaba entre sus paredes muchos recuerdos tristes, pero ella, por lo mismo, se resistía. El hogar para ser propiamente hogar—decía Esperanza—necesita albergar recuerdos tristes y alegres. Los tristes, los dolorosos, nos hacen más querida la casa, la vieja casa en que nuestros padres y nosotros vimos transcurrir los años. En los pueblos, en las pequeñas ciudades, la casa es como un tabernáculo; en ella el espíritu de la familia se recoge y perdura al través del tiempo. Ella tiene su historia, una historia apacible, lenta, reposada como la vida de sus dueños. Dentro de sus viejos muros, el drama adquiere la grandeza épica de un éxodo. En las grandes poblaciones las pequeñas tragedias pasan por los elegantes pisos febril y vertiginosamente, sin dejar huella. A la muerte de un miembro de la familia, sigue el cambio de domicilio de ésta. No queremos recordar cosas tristes, que turben nuestra felicidad, y huimos de los lugares que nos las recuerdan. Pero Esperanza no pensaba así; amaba los objetos conocidos, vernáculos; las ánforas y las tacitas familiares que desde su niñez venía contemplando diariamente sobre la cómoda y el aparador. Los floreros de China, los platos antiguos con paisajes holandeses y escenas de caza, los vasitos de cristal, la vajilla toda, que ella primorosamente limpiaba. Gustaba contemplar, al levantarse, el mismo panorama de todos los días por el mismo balcón; y aspirar el mismo aire y escuchar las mismas canciones de siempre; canciones nostálgicas cantadas en lengua extranjera, sobre los buques quietos, por marineros rubios y soñadores, hijos del Norte adusto, que añoraban la niebla y el cie-

lo del país nativo bajo este claro sol de Ispola. Luego, los mismos quehaceres de los demás días, siempre velando como una madrecita sobre Estrella, la chicuela revoltosa, que alborotaba la casa con sus trinos. Después del laborar doméstico, en el que le acompañaba la vieja sirvienta, se sentaba en el balcón a bordar; eran encargos de la calle, cuyo producto ayudaba en algo a llevar prósperamente la casa. La fina aguja de metal, en sus manos dolientes, forjaba pájaros, mariposas y flores sobre la tela del bastidor, mientras la aguja imaginativa bordada en el cañamazo espiritual un sueño hecho con pájaros, un nombre rodeado de rosas.

Por la tarde, cuando Julio llegaba, se sentaba frente a ella, con Estrellita en los brazos, que interrumpía el idilio continuamente, tirándole del bigote a «papá», y haciéndole cosquillas a la «chacha». Eran unos ratos encantadores, felices, llenos de íntima poesía.. La traviesa muñeca poniendo los besos del uno en las mejillas de la otra, y jugando con ambos, era la realización más bella y alegre de sus sueños de amor y felicidad. Antes de casarse ya tenían una hija, una niña morena y graciosa que les llamaba «chacha» y «papá» con la voz más dulce y acariciante del mundo. Ella, desde que la despertaba en las mañanas para hacerla beber el tázón de tibia leche, hasta la noche, en que la adormecía entre sus brazos, sobre su pecho virginal, con arrullos de madre, con tiernas canciones de cuna, no dejaba de cuidarla y velar sus juegos; ella le enseñaba la cartilla: su fino dedo iba posándose sobre las letras: a, b, c,... y cuando la niña conocía todo el alfabeto, empezaba la penosa tarea de deletrear. P,a,pá;t,o,tó;pa-to. También le enseñó el Padrenuestro y el Avemaría y una plegaria para rogar a Dios, al acostarse, por sus padres y su hermano. Era una madrecita delicada y débil como

un lirio; su blanca juventud enferma contrastaba con la gracia bruna y alegre de la niña. Las dos juntas, una en el regazo de la otra, unidas sus cabezas amorosamente, formaban un grupo inefable de belleza y amor. Julio no podía verlas así sin impresionarse, sin sentir en lo más hondo de su alma una profunda emoción y una inmensa dicha. Porque ellas significaban para él todo cuanto de bello y bueno encerraba el mundo. Sus ilusiones de artista, sus sueños de gloria ya se habían desvanecido; ahora todos sus sueños se cifraban en verlas felices y en hacerlas más dichosas aún. Aquel pequeño piso, limpio y alegre, por cuyos balcones entraba el claro sol mañanero, guardaba entre sus blancas paredes lo que él más amaba en la tierra. Por eso cuando se encaminaba hacia él, todas las tardes, lo hacía con una alegría nueva, vehemente, apasionada. Se pasaba las horas en el taller y en los hornos, trabajando y pensando en ellas, en su porvenir, en su casamiento, por el que formarían un solo hogar, al que llevaría él a su madrina y ella a la pequeña, a la «hija». Estos bellos y alados sueños hacían más agradable su labor, y así, mientras la ligera paloma imaginativa se entraba volando por los risueños campos del futuro, de sus manos surgían ánforas milagrosas, de esbelta cintura y brazos ebúrneos, que al girar en los tornos para colorearse parecían mujeres danzando, y cuadros formados por losetas con escenas religiosas o figuras de santos y guerreros, que después adquirían al fuego el brillo cegador del esmalte. Julio amaba su profesión, el bello oficio de ceramista, el noble arte de desmaterializar la tierra, forjando con ella cosas frágiles, exquisitas, llenas de espíritu y de gracia; viejo arte oriental en que la forma, la línea y la policromía son tres hermanas inseparables. En su taller se transformaba prodigiosamente la arcilla en vasos polícromos

semejantes a los que inmortalizaron a Etruria; en altos jarrones de inimitable belleza como aquellos en que llevaban el agua a sus hogares las mujeres de Galilea y de Samaria; en porcelanas transparentes y primorosas como el Japón y la China no vieron nunca; en loza barnizada, especialidad de los alfareros andaluces, que apareció por primera vez alfombrando las mezquitas españolas. La gran sala de exposición de la fábrica era una maravilla; innúmeras obras de arte se alzaban allí como una evocación luminosa del Oriente remoto. Si Talus, Dibutado de Sicyona y Coroebus de Atenas, los tres grandes artistas de la antigüedad, hubieran resucitado, así como Lucca de la Robia y Bernardo de Palissy, se admirarían ante tanta obra de su arte, mágia de color y de estilo, y abrazarían a este humilde artesano, trabajador y silencioso, que en un rincón del Sur de España producía belleza con sus finas manos como ellos, siglos antes, bajo el sol griego, y después en la dulce tierra toscana y en el bello país del Perigord.

Julio trabajaba pensando siempre en ellas; ellas eran, durante las horas de trabajo, como un sueño bellísimo, que se realizase todos los días en el atardecer, al salir de la fábrica. Los domingos, la bella realidad de este sueño duraba toda la jornada. Eran los domingos en medio de la semana un gran paréntesis de sol, de aire puro, de música en el campo, de canciones y bailes de la tierra, de juegos, de carreras, de libertad; unas horas alegres y claras en que Esperanza y sus amigas, algunas muchachas vecinas, jugaban y bailaban con los novios y los hermanos y hasta con los padres. Gente humilde, laboriosa, callada, que veía curtirse la piel y encanecerse la cabeza sobre el yunque, ante la fragua, en el telar y que en los días de fiesta alzaba su risa alta y fuerte como una espontánea canción de júbilo.

Unas veces por el camino de la ribera, aquel camino que amaba tanto Alfredo, marchaban haciá Puebla, en alegres grupos. En las huertas ribereñas compraban naranjas, que se comían luego en el monte, en el atrio de la iglesia del castillo, desde el que se divisa la profunda y ancha planicie en que yace recostada Ispola, ceñida suavemente por el Tarteso como por un apasionado amante; por el río jocundo e inmortal que serpentea cantando entre bravas dehesas, verdes olivares y huertos de naranjos y limoneros que desfloran sobre sus aguas la blancura y el perfume nupciales del azahar. Allí, en el viejo átrio, a la vista de la gran ciudad que se extiende, blanca y perezosa, sobre la llanura, iluminada por el sol, como un fondo de Zuloaga, bailaban las muchachas esa danza del Mediodía, ligera y alegre, diabólica y gentil, que nadie baila como las andaluzas, como las hijas morenas de la vieja Tartéside.

Como Esperanza no bailaba nunca, Julio lo hacía con Estrellita, que empezaba ya su aprendizaje, pues en Ispola, a los cinco años comienzan a bailar las niñas y a torear los niños.

Los domingos de lluvia se refugiaban en un cinematógrafo del arrabal, que daba funciones de tarde, y otras veces, cuando tenían invitaciones, en el teatro de las escuelas municipales, al que concurría lo mejorcito del barrio y en cuyo pequeño escenario representaban «El amor que pasa», «La reja» y otras lindas comedias, jóvenes aficionados de la aristocracia del arrabal, de la aristocracia del azulejo y del ladrillo. Los niños que recibían educación en estas escuelas,—hijos de gitanos la mayor parte,—no asistían, por supuesto, a estas exquisitas *soirées*, donde los pollos más distinguidos de la sociedad hispolana sostenían deliciosos *flirt* con las niñas de los fabricantes de escupideras. Cien bellezas morenas, cien

gracias celestes y una sola cursilería color de rosa, brillaban con resplandor propio en este salón reservado para tan encantadoras fiestas. Allí, Esperanza, con el traje de medio luto, que realzaba su belleza, se encontraba cohibida entre tantas muchachas de sombrero y trajes claros, que conversaban con una frivolidad de buen tono. Julio, se sentía también molesto entre tanto joven de sangre azul y calcetines calados. Estrellita era la única que se encontraba perfectamente, riéndose de todos y de todo, como si fuera una persona mayor y comprendiese «aquello». Las risas intempestivas de la niña, cuando la obra estaba en una situación muy dramática, provocaban en los cómicos de ocasión, rápidas y oblícuas miradas de odio a los padres de la interfecta. Estos acababan siempre por salirse antes de terminada la función, hiriendo así, inconscientemente, el amor propio de las Guerreros y los Mendozas del barrio.

Otros domingos, en el tranvía de circunvalación, iban al cementerio, a visitar al padre y al hermano y a rezar sobre su tumba. Estrellita, viendo llorar a la hermana, lloraba desconsoladamente sin saber por qué; ella sabía por la «chacha» que el hermano Alfredo estaba en el cielo, con el papá y la mamá, cerca de Dios; su cerebro infantil no podía comprender que no era en el cielo sino en la tierra, dentro de la tierra, cerca de ella, de su hermanita, donde el hermano «vivía» ahora.

Aquellos domingos, cuando regresaban en el coche eléctrico por las rondas y las calles de la gran ciudad, cuyas luces empezaban a encenderse en la vaga penumbra del anochecer; con los ojos húmedos aún y en silencio, Julio, contemplando a Esperanza, sentía que la amaba más que nunca, mejor que nunca, y una emoción desconocida se apoderaba de él viéndola tan pobre, tan buena, tan sola...

V

Cuando empezó a sentirse enferma; cuando la tos, fuerte huracán, le tronchaba el pecho como un lirio; cuando el médico le recomendó reposo absoluto, Julio presintió, dolorosamente, que se marchaba tras el hermano y los padres, por el mismo camino sin fin, en la misma nave negra y trágica. La escuchaba toser con una angustia que le rasgaba la carne y el alma; por no sufrir y no hacerla sufrir más, se retiraba a un rincón de la casa, donde lloraba en silencio, como un niño. Estrella lo seguía temerosa y callada, y, viéndolo llorar y escuchando la tos seca y terrible, se abrazaba estrechamente a él, como temiéndole a alguien. Así estaban mucho tiempo; ella con los ojos muy abiertos mirando hacia el interior, que le causaba miedo, y él derrotado, aniquilado, sin energía ni valor, para nada.

Muchas tardes, en el crepúsculo, a la hora en que antes hablaban de amor, salían ambos, la niña y él, dejando al cuidado de la enferma a la vieja criada. Ibán a rezar a la iglesia vecina, aquella pequeña iglesia, pobre y obscura, que se alza hace más de tres siglos en un rincón del arrabal, bajo la advocación de Nuestra Señora Santa Ana. Era una iglesia pequeña y húmeda, en cuyo tenebroso recinto sólo una luz parpadeaba; la de la lamparilla de aceite, que proyecta su extraño fulgor sobre el espantoso cuadro de las animas, un horrible lienzo que, vislumbrado a tan pobre luz, impresiona y atemoriza profundamente a las viejas devotas y a las almas ingenuas y sencillas, que, después de contemplarlo, sueñan con el purgatorio, con el infierno y con todos los diablos juntos. Cada día estaba más solitario el hu-

milde templo; el penetrar en él de noche requería ya más valor que devoción; las viejas, mientras rezaban el santo rosario, miraban con miedo a los rincones, en los que creían vislumbrar al demonio con su cola negra y sus cuernos alegres. Otras veces estas sombras les parecían las de sus difuntos maridos, pero sin la cola negra. Se reunían seis u ocho, bajo la trémula lamparilla, sentadas en el suelo como en un aquelarre apacible. La voz aguardentosa del sacristán, que llevaba el rosario, se bebía las avemarías como el Cazalla, con una rapidez que restaba solemnidad al culto. Las viejas no estaban conformes con esta prisa,—¡claro, como no tienen que hacer nada!, decía el sacristán—y para contrarrestarla respondían muy reposadamente, con mucha calma y devoción como manda Dios Nuestro Señor. Sus rezos subían hacia Este, gangosos y pausados, con algún que otro ronquido extemporáneo, iniciador de una serie que moría al nacer, no por falta de voluntad sino por sobra de codazos despertadores.

A esta iglesia, olvidada y humilde, iban muchas tardes, al toque de oración, Julio y Estrellita. Ante el altar de Santa Ana, después de encender las dos velas regaladas por ellos, rezaban juntos, muy juntos, pidiéndola a la Señora, con lágrimas en los ojos, la salvación de la mamita, de la «chacha», de la pobre enferma. La niña rogaba a la santa que intercediese cerca de su hija, que reposaba en sus brazos, para que esta lo hiciese, a su vez, cerca de Jesús. Para fortalecer la súplica, al salir, deslizaban en el cepillo una moneda de diez céntimos, que de tan sagrado lugar pasaba luego al sucio cajón de la taberna. ¡Santa ingenuidad de la ignorancia y del dolor, que creen aumentar la dulce música de la plegaria con el ronco tintineo del cobre, sin comprender que la oración asciende ligera al cielo y el dinero se

adhiere fuertemente a la tierra como cosa suya que és!

Pero el Señor no escuchaba, la enfermedad seguía su curso progresivo, minando el débil organismo, acabando con aquel ser delicado y bueno; las pálidas manos adelgazaban y alargábanse hasta hacerse traslúcidas; las mustias mejillas parecían cerúleas; en los cansados ojos había un seco llanto de resignación.

Julio, mirando la calle y el puerto dormido, con los buques callados y las grúas quietas, en aquella mañana dominical, llena de sol, pensaba en la que se moría tras la puerta de cristales, silenciosa y humilde como siempre vivió. Contemplando las macetas inundadas de flores, recordaba sus frágiles manos, que las cuidaban y regaban tan amorosamente, y su debilidad, su delicadeza, su sonrisa triste, su voz armoniosa y pura; toda ella, con su rostro pálido y fino en el que se abrían como dos amaneceres los grandes ojos negros, impregnados de melancolía, y el cuerpo de una delgadez elegante y aristocrática. Y la cintura, aquel talle flexible y esbelto, que una vez aprisionó él con su brazo robusto, mientras ponía un beso en las mejillas arreboladas... Y recordaba con alegría: fué una tarde feliz, una tarde de domingo, que pasaron en el campo con una familia de la vecindad. Jugaban por la huerta al escondite; él la encontró tras la noria, con otra muchacha; esta huyó, pero ella no pudo. Y allí, bajo los altos árboles, en el crepúsculo dorado y casto, le dió el primer beso de amor, que encendió en sus mejillas un nuevo crepúsculo rojo y bello como el de aquella tarde venturosa. Aquel día fué inolvidable para ambos; en sus coloquios lo recordaban algunas veces, ella con alegre rubor, él con apasionado alborozo.

Fué el primer beso de novios, fugitivo, alado, en las mejillas, junto a la boca fruncida, que lo esperaba, ávida,

para devolverlo, como un suave aleteo de mariposa, que dejó a flor de piel y a flor de alma un perfume desconocido y espiritual. Después, no volvieron a besarse más; lo deseaban y lo temían al mismo tiempo; la niña era la embajadora de sus besos; los llevaba de unos labios a los otros en la pequeña boca de granate, riendo y jugando, ignorante de su importantísimo papel.

Pero aquel idilio encantador e ingenuo, en el balcón abierto a la tarde, bajo la suave penumbra del véspero, trémulo de vaguedades y de aromas, se rompió como un frágil juguete. Las palabras de cariño se trocaron en voces de plegaria; los arrullos de amor en rumores de rezo. Y allí, en un rincón de la vieja iglesia, ante el retablo de la Señora, al agónico fulgor de la lámpara, veíanse todos los anocheceres, cuando el *Angelus* alzaba al cielo sus sones argentinos, al hombre y a la niña, orando juntos, con el mismo dolor reflejado en los semblantes.

Y mientras la madrecita se moría lentamente, calladamente, extendidas las manos exangües y puras como dos hostias, a los bordes del lecho, paseando la mirada sobre los objetos familiares y queridos, cual despidiéndose de ellos, y la sonrisa triste dibujada en los labios extintos, la voz nubil y la voz varonil se alzaban en el silencio de la iglesia vacía, llorando:

—Creo en Dios padre, todopoderoso...

VI

Se apagó la llamita de aquella existencia. El drama vernacular tuvo su desenlace igual que en el teatro, con varias muertes. Julio vió desaparecer, uno tras otro, todos los seres que le eran más queridos. Pensó que la

realidad es más cruel que la fantasía de los dramaturgos, pues si en la escena mueren tras largas y patéticas peroraciones o dando lamentables gritos, en la vida lo hacen silenciosamente, pero «de verdad». La gente se ríe del drama porque mueren muchos, sin detenerse a pensar que en la vida también nos morimos y muchas veces es lo mejor que hacemos. ¡Lástima grande que no podamos levantarnos de nuevo para saludar al público y beber una copa a su salud!

Julio recogió a Estrellita. Tenía ya la niña seis años e iba comprendiendo algo de aquella tragedia sorda y tranquila que empezó poco antes de su nacimiento. Su rostro inteligente y simpático, su belleza morena y lírica, su gracia meridional y verbosa, cautivaban a todos.

El piso quedó abandonado y muerto; todo fué trasladado a casa de Julio. Este, vestido de luto riguroso, con la niña, también enlutada, de la mano, parecía un viudo joven a quien la muerte de la esposa llenara de una doliente y serena gravedad. Estrellita séria y callada, marchó con él hacia el nuevo hogar. La madrina la recibió en sus brazos y la apretó sobre su pecho estéril como a una hija largo tiempo esperada, a quien ya no se tiene la ilusión de ver, y que, de pronto, surge, pequeña y graciosa, alzándose en las puntas de los pies para dar un beso.

La casa de Julio estaba próxima a la fábrica; era propiedad de la madrina y constaba de dos pisos: el bajo, que tenía un patio muy alegre y lindo, dos habitaciones y la cocina, todo alicatado a la andaluza, y el principal con cuatro aposentos, dos de los cuales disfrutaban balcones a la calle. El despacho de Julio, que estaba en la planta baja, junto al zaguán también tenía a la calle una ventana con reja. Por ella y por el cierro, en la habitación de la madrina, se asomaba Estre-

llita todos los días para verlo salir del taller, como lo hacía antes en el balcón de la casita frontera al río, para avisar a la hermana.

La vida tornaba otra vez a ser armoniosa y agradable; cien pequeños episodios, íntimos y triviales, formaban el dulce poema del vivir cotidiano. Aquella noble casa, silenciosa y humilde, que la niñez de Julio iluminó con sus risas, volvía a iluminarse de nuevo, al sentir entre sus viejos muros otra nueva niñez huérfana, pero clara y alegre. El patio, pequeño y típico, con sus azulejos y sus macetas, se llenaba de flores, que emergían de las ánforas y los jarrones labrados por Julio para decorar alegremente la casa.

La niña corría por ésta, jugando y cantando, y al dulce conjuro de sus risas lanzábanse a cantar los canarios, aquellos canarios que antes permanecían mudos y tristes en sus jaulas. Una gran canariera parecía el hogar, dentro de la cual Estrellita volaba libremente como un canario o una novia de canario, traviesa y feliz. La madrina, viéndola subir y bajar, familiarizada con la casa, se sentía más joven y recordaba aquel tiempo venturoso en que Julio era niño y corría a sus brazos, al regreso de la escuela, llamándola efusivamente «Mamá Rosa». ¡Qué lejano estaba todo aquello! Ya Julio era un hombre y sólo la besaba en la frente, con respeto y cariño filiales. Ya no salía de su brazo, como antes, cuando era todavía adolescente y una fina pelusa sobre el labio superior le daba, a su juicio, categoría de hombre. Ella llevaba entonces sus cuarenta años con una fresca gracia de juventud, que hacía más ligera y grácil su solemne belleza. Parecía del brazo del muchacho una dama que hubiese abandonado sus velos de viudedad para pasear, vestida de claro, en las segundas nupcias, la crepuscular alegría del segundo y último amor.

Entonces iban por todas partes, del brazo siempre, orgullosa ella de verlo tan guapo y tan fino, y feliz al sentirse envidiada por mujeres más jóvenes y más bellas. Pero toda esta inocente dicha acabó al morir Alfredo. A partir de este instante ya Julio solo vivió para las dos huérfanas; todos los momentos le parecían pocos para consagrárselos. La madrina quedó olvidada y triste en la vieja casa silenciosa, viendo transcurrir las horas, apacibles y lentas, entregada a sus labores y rezos en el ancho cierro de su habitación, hasta que un día le trajo Julio de la mano otra «hija», pequeña y asustada, que con tímida voz le dió el dulce nombre de madrina. Poco a poco fué perdiéndole el miedo, no así el respeto como a papá Julio, a quien tuteaba familiarmente y sobre cuyas rodillas se subía a caballito, trotando en ellas con coraje, mientras le tiraba de los bigotes como si fueran fuertes riendas. Cautivaba a todos con su charla graciosa, pintoresca, salpicada de palabras del *caló*, que oía a los gitanos del arrabal cuando iban a vender algo a la casa. Inventaba mil diabluras, que hacían la delicia de la madrina y de Julio que la idolatraba como un padre. Corría por la casa tras del gáto, montada en una escoba, con la que barría luego el despacho del papá, poniendo el escupidor en el lugar del pisapapeles y este debajo de la mesa; escondía el devocionario de la madrina dentro de la sopera; adornaba el cuello y la cola del gato con sus lazos de seda y luego le ponía doctamente las gafas de la vieja criada; se subía por la cancela y quitaba la campanilla para que la gente llamara en balde y tuviera que recurrir a los gritos, si quería entrar. Era un diablillo bruno, que se hacía querer de todos y con el cual podía darse un agradable paseíto por el infierno.

Cuando tuvo siete años la llevaron a la escuela; un

colegio particular que había en la misma calle y en el que se educaba lo mejorcito del barrio. A él asistían las niñas del doctor Pérez, especialista en enfermedades de la mano derecha, las sobrinas del párroco de San Bartolomé, las hijas de varios fabricantes de azulejos con brillo y de losetas metálicas, y otras sin brillo y sin metal.

Era la maestra una señora cuarentona, soltera y devota, que hacía de su profesión un verdadero sacerdocio. Estrellita, que sabía más que Cardona, conoció su flaco al momento y en los exámenes celebrados por mayo en el patio de la casa, engalanado, obtuvo la nota de sobresaliente y medalla de honor, concedidas por el señor cura, el médico y un maestro superior, que formaban el digno tribunal. Y era que se había aprendido de memoria la doctrina y la Historia Sagrada desde el «Todo fiel cristiano está muy obligado...» hasta lo de «Este libro se imprimió...»

Julio, comprendiendo que la niña no estaba en las materias profanas—Gramática, Aritmética, Geografía, etc. —a la altura que en lo sagrado, se dedicó a continuar la doméstica labor de la hermana muerta, enseñándole, en los ratos libres, algo del arte de hablar y escribir, las cuatro operaciones aritméticas elementales y las capitales de todas las naciones del Mundo. Esto era lo que más gustaba a Estrellita, pues su imaginación y su vista volaban sobre los manchones de color de los mapas, a la busca y captura de las desconocidas y encantadas ciudades que alzaban su punto negro sobre la línea serpenteante de un río o al margen de la gran planicie azul de un dilatado mar. Muchas veces, al mediodía, después del almuerzo, se pasaban un largo rato con los codos sobre los atlas multicolores y así hacían la digestión mientras daban un bello viaje imaginativo alrededor del mundo.

—¿El Danubio?—preguntaba Julio, abriendo el mapa de Europa.

Y el dedo rosado de la niña, mariposeaba rápido por el parche amarillo del Imperio, hasta posarse sobre la Selva Negra; entonces ya partir de Sigmaringen, se deslizaba a la par que el río famoso, dejando a un lado las altas montañas de Bohemia, ábándonando, en su confluencia con el Inn, las plácidas llanuras bárbaras y entrándose, caudaloso y augusto, por el viejo solar de los Austrias, hasta besar los muros imperiales de Viena y cruzar, ya en tierra húngara, por en medio de Budapesth, la ciudad de los tzíganos errantes, para seguir su curso magnífico al través de los feraces campos de la Hungría, y, después de alegrar con el dulce murmurio de sus aguas azules la trágica tierra de los eslavos, verter su tesoro de ensueño y de leyenda en el negro mar de los argonautas.

El dedo infantil y alegre, corría sobre los mapas, señalando los límites de las naciones, las cordilleras, los ríos, las ciudades, desde un extremo a otro del planeta. Así, divertidamente, como un juego, iba instruyéndose la pequeña, poco a poco, hasta llegar a tener nociones de varias materias y asombrar con sus conocimientos a las demás niñas, que encerraban en el diminuto Ripalda todo su saber.

Los domingos salía con papá Julio de paseo. Atravesaban el puente y marchaban en el tranvía de las afueras al parque de la ciudad. En él había muchas cosas bonitas que ver; lo que más gustaba a Estrellita eran los blancos cisnes, que bogaban serenamente por la dormida superficie del lago. Ella, en su mano cándida, les ofrecía altramuces, que desaparecían en el pico purpúreo y sensual, mientras los altos cuellos se inclinaban ceremoniosos con una graciosa genuflexión

de cortesía. Era un espectáculo encantador, que hacía sonreir a los paseantes ingénuos y a las madres, y que causaba la admiración de los niños tímidos, que se paraban con la boca abierta, muy agarrados a la falda maternal, para contemplar a la niña valiente y a los blancos palmípedos. La primera vez también ella les tuvo miedo, pero al cabo de varios domingos acabaron por ser muy buenos amigos; ellos, conocían su voz y acudían a su requerimiento con toda la rapidez que la gravedad de su porte les permitía. La niña les acariciaba afectuosamente el cuello, que enarcaban en señal de reconocimiento, como los gatos la espina dorsal cuando se les pasa la mano por ella. A cada uno le puso un nombre, por el cual les llamaba: uno era «Carlitos», otro «Pepita», otro «Joaquín» y «doña Paca», una jamona, en quien encontró por su actitud devota y sus ojos melancólicos, gran parecido con la maestra.

—¡Doña Paca, doña Paca!, cantaba la voz burlona y alegre. Y «doña Paca» se aproximaba, bogando sosegadamente, a la orilla para engullir los altramuces.

Así, feliz y tranquila, transcurrió su infancia, cuidada como una flor de invernadero por el amor de Julio, que la veía crecer, espigar e irse haciendo una mujercita graciosa y desenvuelta. Cuando cumplió los quince años, se obró un gran cambio en su naturaleza; entonces «comprendió» que Julio no era su padre, «su verdadero padre», y tornóse seria y pensativa, pero seguíale queriendo como desde niña, con el mismo filial cariño de siempre, aumentado al comprender el sacrificio que le había hecho de su juventud y de su vida. Entonces, en sus horas de meditación, quería reconstruir el pasado, ante el retrato de aquella hermana muerta, que veló los primeros años de su niñez con la ternura de una madre y cuya blanca juventud se tron-

chó un día, dejándola por segunda vez huérfana. Y recordaba la solicitud de aquel hombre bueno y trabajador cuya vida transcurría humilde y silenciosa, consagrada por entero a ella. Pensando esto, Estrellita sentía afluir las lágrimas a sus ojos, y cuando él regresaba del trabajo, lo besaba en la frente con más amor que nunca. Ella servía la comida para los dos, pues desde la muerte de la madrina ocupaba su puesto, llenaba sus funciones y era, en fin, el alma de la casa. Ella, acompañada de la vieja sirvienta, hacía todas las mañanas la compra en el mercado vecino, y guisaba y cosía y planchaba la ropa como una mujer. Ya no le quitaba las gafas a la vieja para ponérselas al gato, ni escondía la campanilla del llamador, pues habíase tornado muy seriecita y tenía su tiempo repartido entre los quehaceres domésticos y las devociones cotidianas a que la madrina la acostumbró y en las que pedía a Dios por ésta, sus padres y sus hermanos, después de rezar el rosario con la vieja.

Iba a misa del brazo de «papá Julio» los días festivos, con trajes claros y vaporosos, que realzaban su belleza morena y pálida. Al crecer, había adelgazado; su talle era fino y su cuerpo, al andar, denotaba esa dejadez lírica y ese elegante abandono de las mujeres árabes, que trasciende a perezosa molicie y a extremada voluptuosidad. Julio no quería que cosiera y planchara, pues deseaba que viviese como una señorita, pero ella no podía estar mano sobre mano viendo trabajar a la vieja criada.

El, la llevaba a todas las fiestas y a todos los espectáculos divertidos para que disfrutase de la vida; cogida filialmente de su brazo, ella paseaba por aquellos jardines, que conservaban todavía un suave perfume de niñez, sus diez y ocho años gentiles y bellos.

Cada vez se parecía más a la hermana difunta; para Julio constituía esto una obsesión. El, sobre sus rodillas, la fué viendo crecer y vió despuntar cada día en ella un nuevo rasgo de la hermana, hasta llegar á parecerle la muerta. Aquella loca risa conque de niña atronaba alegremente la casa, habíase ido apagando lentamente hasta quedar en una sonrisa, pero en una sonrisa triste. Cuando Estrella, en momentos de efusión, se sentaba sobre sus rodillas y le echaba los brazos al cuello, besándole en la cara como a un padre, él sufría interiormente, no atreviéndose a poner sus labios en las bellas mejillas que tantas veces besara con el alma tranquila y dichosa. En su corazón luchaba un demonio y un ángel y él ignoraba porqué. Por su alma simple y quieta de hombre sencillo y apacible, pasaba, como una corriente turbulenta y avasalladora, álgo grande y profundo, que su cerebro no podía vislumbrar y que turbaba la serenidad de remanso de su espíritu. Muchas noches se las pasaba meditando sobre lo que le sucedía. ¿Qué pecados y qué virtudes luchaban en el fondo de su corazón?

La figura de Estrellita, resplandeciente de gracia, se le aparecía entonces, y él dudaba si era Estrellita o Esperanza la que le sonreía desde la sombra con su sonrisa triste. Tal era el parecido que encontraba en ambas.

Algunas tardes, paseando del brazo de la niña, bajo los verdes eucaliptos que el sol envolvía en un largo beso de oro, muchas gentes los tomaban por recién casados, y los dos reían al escuchar tal parecer. Pero otros,—los estudiantes y los horteras,—viendo tan tierna y fragante juventud, al lado de tan severa y grave madurez, pensaban que eran hija y padre, y los seguían por las anchas alamedas y los estrechos camini-

llos, bordeados de arroyanes y bojes. Julio se daba cuenta, con dolor, de estas lentas persecuciones, de éstos largos seguimientos, algunas veces terminados en la misma puerta de la casa; pero se consolaba observando que Estrellita no hacía el menor caso a los silenciosos perseguidores, como si no hubiese reparado en ellos.

Al volver del paseo los domingos, se contemplaba en el espejo, contando las canas que empezaban a surgir entre sus negros cabellos. Había dejado atrás los cuarenta años e iba ya terminando el sendero de la segunda juventud. Cada domingo contaba un hilo de plata más en su cabeza y sentía un nuevo peso en su corazón. Una secreta y honda tortura le roía éste, como un ratoncillo hambriento; y cuando pensaba en los jóvenes de los jardines y de las calles, que miraban y seguían a Estrellita, recordaba con tristeza su primera juventud, llena de ensueños claros que se fueron desvaneciendo como humo de la tierra por entre dos estrellas del cielo; por entre aquellas dos estrellas que asistían desde lo alto a su idilio y que velaban sobre él, renovándolo cada noche, como dos vestales antiguas consagradas a mantener vivo en sus pebetes inmortales el divino fuego del amor humano.

Estrellita, viéndolo triste, corría hacia él, cariñosa, llamándole «papá Julio».

«¡Papá Julio!» Esta palabra, que en otro tiempo sonaba en su corazón tan dulcemente, ahora le hacía daño, le lastimaba, le hería como un punzante y áspero erizo. «El no era su padre, nunca lo había sido, nunca debió intentar serlo, porque ahora...».

Estrella no comprendía las sordas luchas del «papá», aquellas asperezas conque la trataba algunas veces, negándose a besarla y a tenerla sobre sus rodi-

llas, como antes, cuando era chiquitina y hacía de ellas un caballo, donde galopar alegremente.

—«¿Por qué eres así? ¿Es que ya no me quieres?»,—preguntaba con voz sollozante, echándole los brazos al cuello y juntando su rostro con el de Julio. Este sentía la sangre caliente del cuerpo joven correr al unísono de la suya, que salía y entraba en su corazón a borbotones, como el rojo vino tumultuoso en los lagares.

Después de quince años de una existencia serena y apacible, cuando los copos de nieve del tiempo iban borrando en el camino de su vida las huellas del único amor que pasó por él, se alzaba de nuevo en la senda la antigua sombra de las pálidas manos y la sonrisa triste. Volvía renovada y maravillosa, más lírica y más alta, tras el sueño de tres lustros, como una celeste primavera después de una invernada sombría. Pero volvía tarde, cuando ya estaba andada la mitad de la senda y casi perdido el divino tesoro.

Un día, él la reprendió por haberle llamado, como siempre, «papá Julio». Después, para borrar el mal efecto de la amonestación, le rogó cariñosamente:

—Si me quieres no me llames así.

—¿Por qué?,—preguntó ella extrañada.

—Por que no me parece bien,—replicó Julio.

Ambos se separaron silenciosos; ella con temor, temor a no sabía qué; él, con vergüenza, con desprecio de sí mismo. Ya en su habitación meditó sobre lo que había hecho; él mismo ignoraba claramente el porqué, más de entre la confusión de ideas y de sentimientos, uno grande de profunda vergüenza le subía al rostro, enrojeciéndoselo, y, al fin, acabó por arrepentirse del paso dado. Pero ya no tenía remedio; desde aquel día no volvió Estrella a decirle «papá» Julio, como le lla-

mara desde su niñez, teniéndolo por padre y amándolo como a tal. Le llamaba solamente «Julio» y le trataba de usted. Estaba más sería y triste que nunca. Las comidas, que antes alegraba contando lo acaecido en la casa durante el día, transcurrían ahora en un doloroso silencio.

Los domingos seguían saliendo, pero sus paseos eran más breves y carecían del antiguo encanto; su situación resultaba difícil; sólo hablaban de cosas indiferentes y triviales, como dos recién conocidos.

Así pasaron dos meses.

Una tarde, sentados en un bello rincón de los jardines, veían saltar los pájaros en las ramas, piando ruidosamente. Cuando la frívola conversación iba tomando rumbos sentimentales, cuando él recordaba con ternura aquellas otras tardes en que Estrellita daba de comer a los cisnes, ella soltó la risa, una risa fría y acerada. Al escucharla Julio, una oleada de sangre le inundó el rostro; pensó que aquellos quince años de cariño y desvelos no habían servido de nada, que sus corazones estaban separados por una distancia inmensa, y al ver que hacía burla de los recuerdos más santos de su infancia, que el amparó y cuidó como una flor delicada y querida, rompió a llorar sobre el rústico banco, silenciosamente, con el alma rota, como lloró una noche lejana la muerte de Esperanza. Entonces sintió un beso en la nuca y unos brazos que se ceñían a su cuello y escuchó una voz argentina y pura, la voz de los días claros, que musitaba a su oído: «¡Papá Julio!». Los labios de la muchacha se bebían las lágrimas del hombre, mientras susurraban palabras dulces de amor y de gratitud. Julio estaba asombrado, no sabía qué pensar; escuchaba la voz cálida y acariciante, sonriendo a través del ll[illegible] sonríe el sol al

través de la lluvía. Se fué borrando, poco a poco, el efecto de la risa cruel, y aquella tarde volvieron a ser amigos y pasear del brazo, más unidos que nunca y ella volvió a tutearle, charlando como un pájaro, loca y alegre.

Tornaba a lucir el sol de nuevo, el claro sol adorable de la primavera. En la casa los jarrones y las macetas mostraban sus rojos penachos de claveles; de las riberas del Tarteso, llenas de naranjales, subía un fuerte olor a azahar, que embargaba los sentidos. Julio sentía también en su corazón, un renacimiento de juventud, una súbita y quizás postrera llamarada, que le corría en la sangre por todo el cuerpo y que ascendía hasta su espíritu como una chispa rutilante de la gran luminaria interior. Por las tardes, cuando dejaba el taller, Estrella le aguardaba en el balcón y le hablaba desde éste, algunos minutos, como a un novio de contrabando con quien se teme que le sorprendan en conversación.

Le seguía tuteando, pero ya no le llamaba «papá»; le decía «Julio», como a un hermano, como a un novio, y este nuevo tratamiento causaba su felicidad escuchándolo en los labios de Estrellita. Quería ir borrando el pasado y forjar una realidad futura con los sueños indefinidos del presente. La vida se le presentaba nuevamente bella y agradable, animado el corazón por una secreta y confusa esperanza. Pero él no supo claramente lo que esperaba y deseaba hasta una noche en que al regresar más temprano que otras del centro de la ciudad, vió un hombre ante la reja de su despacho, conversando en voz baja con alguien que le respondía desde el interior. Detúvose repentinamente en la sombra y prestó oído; a la voz del hombre respondía la de Estrellita, dulce y musical, trémula y tímida

voz de novia, voz de las primeras noches de noviazgo, que tiene suavidades de guzla y estremecimientos de tímbalo. El corazón le dió un vuelco al escucharla y una idea sangrienta relampagueó por su cerebro; sintió el deseo vivísimo de ahogar entre sus brazos a aquel hombre desconocido que venía a robarle lo único que le quedaba en la tierra, la que él amaba como a nadie amó. Porque ahora, al caer la venda, veía claro en su corazón; comprendía ahora que la amaba más que amó a Esperanza cuando tenía el divino tesoro de la juventud.

Se fué calmando poco a poco; escrutó en la obscuridad, con los ojos ávidos, hasta irse acostumbrando a ella; entonces observó que el galán era un muchacho de veinte años, fino, simpático, de faz noble y bella, que hablaba con la disimulada emoción de un enamorado.

¡Oh, cuánto daría él por volver a ser joven y, sobre todo, por ser para Estrellita un desconocido, un extraño!

VII

Pegado a las paredes, ocultándose en la sombra, se fué alejando de su casa, de la calle, y erró durante una hora por el arrabal, como un idiota, sin saber lo que le pasaba, hasta salir al puente. Acodado en el barandal de hierro, se quedó mirando al río, que pasaba debajo, lento y silencioso. En la negra superficie cabrilleaban las fantásticas luces de los arcos voltáicos, que fingían, a lo largo del puerto, sobre la negrura de la noche, un rosario de cuentas luminosas.

Dieron las doce en el reloj del puente y se fué-

ron apagando las luces. Una hetaira, flaca y miserable, pasó, fumando, camino del arrabal; luego pasó otra, con un marinero y luego otra, sóla, que, viendo a Julio, le tomó de un brazo y siguió con él su ruta. Al pasar ante una taberna, que ponía en la sombra de la calle un cuadro de roja luz, Julió miró a su compañera, que era una gitana envejecida y sucia. Entraron en un cafetín de lo último del arrabal; en la puerta, dos gitanos, tendidos en el suelo, cortaban en trozos una gran sandía, mientras otro rascaba la guitarra. Dentro hacía un calor sofocante; flotaba el humo de los cigarros en la pesada atmósfera maloliente a sudor. En las cuatro mesas alternaban las prostitutas con marineros y golfos, rufianes y tahures; se sentaron ambos en un rincón, ante dos copas de aguardiente, que vaciaron y volvieron a llenar numerosas veces.

Fueron saliendo los hampones, hasta quedar ellos solos, en el rincón del tabernucho. Al dar la una, entre el tabernero y ella, lo condujeron a la casita cercana; era un burdel lóbrego e inmundo. Como un fardo cayó sobre el miserable colchón, extendido en el suelo.

Cuando se despertó a las seis, una vaga claridad entraba por el sórdido ventanillo. Era la aurora que bajaba hasta aquel antro profundo y silencioso, en él se alzaba la ronca respiración de la gitana, en medio de una atmósfera irrespirable.

Julio, tanteando en la sombra, cruzó un pasillo y se encontró al pie de una escalera. Subió por esta, casi ,a gatas, tocando antes con las manos los peldaños, para cerciorarse de su existencia y su seguridad. Mientras subía, los iba contando; al llegar al que hacía el número cincuenta, tropezó con una puerta; buscó a tientas el cerrojo y logró abrirla. Una bocanada de aire fresco, del puro aire del amanecer, le dió en el

rostro. Estaba en la azotea de la casa, pero no de la suya. Entonces pensó sobre lo que le había ocurrido la noche anterior; por su memoria pasaron Estrellita, el joven desconocido de la reja, la gitana, el cafetín, la borrachera, el burdel...

Se sintió vencido, cansado, triste, con la tristeza del crepúsculo de la tarde dentro del alma. Comprendió que ellos, los novios, eran la aurora, el amanecer, la alegría nueva, el claro amor de la juventud, que todo lo vence.

Y apoyado en el pretil de la azotea, aspirando el aire fresco de la madrugada, se quedó mirando al sol, al claro sol mañanero, sol de optimismo, de juventud y de esperanza, con la infinita tristeza de los que tienen en el alma el sol de la tarde, el lírico sol de la tarde, enfermo y sentimental.

Salvador Valverde

Sevilla y mayo de 1916.

LA NAVAJA

De Albacete salió, limpia y fulgante
la navaja de acero bien templado;
y en una de sus hojas fué grabado
con un reto andaluz, mote valiente.
La compró un andaluz de pecho ardiente
por unos ojos negros hechizado;
y al dejar al acero bien guardado
quedó felíz, tranquilo, sonriente.
Oyó besos amantes tras la reja
de flores olorosas, y la queja
que causaba la gélida traición.
Y gozó bajo el golpe de su dueñs
que frunciera terrible el torco ceño
pasando pecho adentro, un corazón.

❖ ❖ ❖

BECQUERIANA

Una gota de rocío
que al darle el sol luz irradía
y que al mecerse en las hojas
parece gota de plata.
Tierno capullo de rosas
que gratos perfumes guarda
y que al besarlos la brisa,
cual suspiros los exhala.
Una nota cadenciosa
que de arpa sonora escapa
y que al perderse en el aire
parece un angel que canta;
El suspiro de un amante,
de una virgen la plegaria,
ardoroso y casto beso,
el cielo, la luz, el aura,
una flor, una sonrisa,
esa, es, hermosa tu alma.

EDUARDO VALERA

CANTO TRISTE

Morena, dulce morena,
la de los ojos de fuego,
la que ha encendido mi alma
con el calor de sus besos,
la de la boca de grana,
la de los rizos de ébano.
Si pesa mucho en el alma
la amargura de un recuerdo,
es más triste y es más honda
la tragedia del deseo.
Morena, dulce morena,
la luz de tus ojos negros
es la lámpara votiva
de todos mis pensamientos
Vivimos sin darnos cuenta
rodeados del misterio
y solo frente a unos ojos
como los tuyos lo vemos.

Morena, dulce morena,
pasaste como un ensueño,
como una estrella fugaz
que cruza un instante el cielo,
dejándome la añoranza
de tus besos
y la impresión melancólica
que nos da todo lo muerto.
Todo un mundo de ilusiones
y recuerdos
sobre aquel amor se duermen
en mi pecho.
Sensaciones de un instante
que en la Nada se perdieron,
como las aguas de un río
que la mar se va bebiendo.

EUGENIO CARBALLO

Hacemos presente a los señores corresponsales de **LOS NOVELES**, que serviremos a vuelta de correo, los ejemplares atrasados de dicho semanario que deseen tener o servir al público. Conservamos de todos los números para las personas que quieran la colección, la cual constituirá una hermosísima joya literaria.

A NUESTROS LECTORES

Para dar todo el impulso que nos proponemos á nuestro semanario, publicaremos casi todos los meses

Un número extraordinario al mismo precio,

Conteniendo una obra original de

UN PRESTIGIOSO LITERATO

La primera de ellas aparecerá á principios del mes de Septiembre

---

Advertimos a los coleccionistas de **LOS NOVELES**, que hemos puesto a la venta unas

Artísticas tapas en tela

al precio de **0'75 ptas**.

Los gastos de certificado, por cuenta del comprador.

Se ha puesto á la venta el interesante tomo de 64 páginas, del notable escritor D. Francisco Martí Lloret,

La Conquista de mi esposa

Al precio de **20 céntimos.**

En prensa: PARRICIDIO

por Angel Requena.

Se halla en venta la preciosa novela

PASIÓN DE UNA COCOTTE

20 céntimos.

Los señores que deseen adquirir los 16 primeros números de **LOS NOVELES,** artísticamente encuadernados en tela granate, pueden pedirlos a los señores corresponsales o a esta Administración, que se les mandará al ínfimo precio de **1'50 ptas.** el tomo.

A los señores corresponsales se les abonará el acostumbrado beneficio.

AVISO

A los señores corresponsales que han sido de esta REVISTA y que han dejado de serlo por no pagar lo que deben a esta Administración, pondremos en una sección nombres, apellidos y domicilio de cada uno y la cantidad que nos ha estafado, para que sepa el público distinguir de los hombres de bien a los que viven a espaldas de los editores de buena fé. Por lo tanto, para bien de los morosos, esta administración transigirá con todos que no pueden pagar a la vez, admitiendo un tanto cada mes.

LA ADMINISTRACIÓN.

TINTURA MORA

LA MEJOR AGUA PROGRESIVA

para teñir el cabello de castaño ó negro

LA TINTURA MORA es la Reina de las Tinturas
LA TINTURA MORA no daña ni ensucia
LA TINTURA MORA permite rizar el cabello
LA TINTURA MORA no contiene nitrato de plata
LA TINTURA MORA el que la prueba la adopta
LA TINTURA MORA es la de más sencilla aplicación
LA TINTURA MORA puede aplicarse sin lavar el cabello

JUGO DE ORO

prodigiosa agua puramente vegetal para teñir de **RUBIO** el cabello blanco y conservarlo como en su edad más juvenil. **JUGO DE ORO** no daña, al contrario su uso vigoriza tonifica y perfuma el cabello, se recomienda por su admirable sencillez.

De venta: Barcelona; Principales Perfumerías y Droguerías.—Madrid; Gayoso, Arenal, 2.—Bilbao; Barandiaran y C.ª—Valencia; Hijos de Blas Cuesta.—Zaragoza; Rived y Choliz —Sevilla, Vicente de Lemus, Sierpes, 31.—Palma de Mallorca; Centro Farmacéutico y principales Perfumerías y Droguerías de España.

LA FORMAL de ANTONIO ESTRANY
Gran taller de Encuadernaciones de lujo y económicas.
Despacho: Fresser, 74—Taller: Finestrat, 11
BARCELONA (CAMP DEL ARPA)

3 0112 117455227

Tip. ELECTRA.—Valencia, 200